

Ulyses

Noticiario

EL UNICORNIO, LA PALOMA Y LA SERPIENTE (*)

Primero debemos recordar a Proust y dejar establecido que junto con Honorato de Balzac, representa un momento bien destacado de la literatura francesa y a través de ella, de la expresión artística universal.

En Balzac bulle una burguesía turgente y gozosa en cuyo espíritu está vivo el sueño napoleónico con su trastrocamiento de axiomas clasistas y derivado de la misma aventura imperial, el rebullir de los negocios privados, libres del localismo aldeano, proyectados hacia las denominaciones universales de la banca y del comercio que adquieren también su plenitud política y económica.

Balzac fué un legitimista y aunque en el conjunto de sus intuiciones geniales, propias de su mundo social imaginario, según Flaubert, vislumbra el aislamiento de los desposeídos, cumpliendo un relevo trágico de la masa sobre el individuo y del simple apetito sobre los más aristocráticos refinamientos, Marx y Engels lo consideran el más grande de los novelistas de su época por la justeza de sus interpretaciones artísticas y la amplitud espontánea de su propia filosofía.

(*) Nascimento. 1947.

Después de él, la literatura moderna encauza sus rumbos: aparecen grandes y medianos creadores que sería largo enumerar con minuciosa justicia, hasta que, contemporáneo a nosotros mismos, si así puede llamarse el mundo social que limita, extenuado, con la guerra mundial de 1914, Marcel Proust, asmático pero henchido de fuerza artística, se entrega a fijar en la expresión literaria, el mundo de su tiempo perdido, adentrado en la exacta realidad que sugiere más de sí misma en la inmensa repercusión del recuerdo, que al contemplarla.

La obra de Proust marca la otra cara de la moneda, para usar comparaciones sencillas. De un lado está Balzac con su burguesía gozosa, plena y bien nutrida, capaz de amasar el oro como lo hace Père Goriot en su desvarío paternal, luciendo una avaricia tosca pero brillante en su auténtico vigor, como ocurre en Grandet; magnífico en su ingenuidad social de héroe arribista, según puede observarse en César Biroteau. En la otra cara están los personajes sumidos en un intenso estatismo, tras el cual vibra un mundo de cultura, tan vasto que lleva al autor a la digresión puntillosa donde todo, hasta lo más accesorio, emerge haciendo valer el simbolismo necesario que representa.

El proceso cultural, cuyo hito más notable en el mundo moderno hemos fijado en Balzac, no se ha detenido ni se ha envejecido como superficialmente pudiera imaginarse, adquiere sólo otro ritmo; faceta todas sus rutas, discrimina lo que antes significó un jalón indiscutible y como una nueva luz, lo penetra todo en su nervio esencial, sin historiar las circunstancias, ni dar trascendencia al artificio de la aventura, sin forzar el impalpable dramatismo. Así sucede el amor sin proeza de amor, en «A la sombra de las muchachas en flor» y el trasunto de la morbosidad sexual, limpio de factores escabrosos o circunstanciales en «Sodoma y Gomorra».

Luis Meléndez, dibujante, decorador, escritor y periodista, ha deseado tal vez en su novela recién publicada, «El unicornio, la paloma y la serpiente» dar otra dimensión a nuestra

creación novelística que en Blest Gana y Luis Orrego Luco marca la influencia de Balzac; en Rafael Maluenda, Luis Durand y Mariano Latorre, la huella literaria de Daudet, Maupassant y Pereda y en los novelistas más modernos Diego Muñoz, Nicomedes Guzmán y Edmundo Concha el trazo inconfundible de los rusos Dostoiewsky, Chejov y Turguenev. Naturalmente ha regresado, queriéndolo o no, a la aparente lentitud proustiana.

No se trata, por supuesto, de un suceso extraño, si se recuerda que la técnica de Proust ha generado con todas sus disimilitudes, los métodos de Joyce el innovador magno de la novela moderna; el intelectualismo seco y conceptual de Aldous Huxley y a través de ellos, las expresiones de John Dos Passos y Andersen, más adaptables a la gran metrópoli norteamericana, insuficientemente perfilada en el europeísmo doméstico de Sinclair Lewis.

Pero cada uno de estos períodos revalorativos de la novela exigieron detrás de ella un fenómeno social inconfundible hacia un pretérito que determinaba el presente y echaba las raíces exactas de un proceso impostergable de evolución en el futuro.

Ni Balzac, ni Proust ni Dostoiewsky pudieron escribir de otro modo, si cursaban con plenitud su capacidad genial en el sitio donde el destino los situó como elementos profunda y vívidamente expresivos y en este suceso irremplazable reside, sin duda, la frescura vital de sus obras que nos transportan a una realidad precisa que nunca pudo habernos dado la realidad misma y que no percibieron tampoco todos los contemporáneos de esa realidad.

Luis Meléndez, en un plausible esfuerzo, nos transporta a los fragmentos de un mundo social que ya no es medular ni determinante de nuestros días, que se constituyó hasta en su misma plenitud de reflejos reflejados, como quien dice de murmullos murmurados de orden imitativo, vigorizados en el caso de Meléndez con una información de pertinaz carácter literario.

Con este antecedente se explica que el lector atento que no pretende hacer alarde de un snobismo pueril, se adentre en la obra; admire los ámbitos plásticos excelentes, el del trópico, por ejemplo, que ella proporciona; deplore ese ritornello de maestro de ceremonias, de ritos y calificaciones mil veces sabidos que el autor adopta con nociva frecuencia; disfrute de sus reflexiones displicentes como esa inspirada en la amante madura que baila en el departamento íntimo una adiposa danza de plúmbeos velos y luego cierre el libro sin poseer un recuerdo de conjunto, huérfano de la totalidad vital más grande en Proust que en cualquier folletinista, inherente a la obra de arte.

MITOS Y SUPERSTICIONES (*)

Los mitos y las supersticiones chilenos aparecen en este libro de don Julio Vicuña Cifuentes que Nascimento edita por tercera vez, presentados en forma incomparablemente amena, de un modo parco y veraz y en tal pulcro estilo que la obra se coge para no dejarla hasta quedar saciado con su lectura, aunque no nos atraiga la solución de ningún conflicto novelesco, ni nos adentremos en la intimidad de algún período histórico. El erudito se limita a recoger el mundo vastísimo de la mitología y de la superstición popular, y cotejando la versión de una misma leyenda desde España hasta nuestras diferentes regiones y ciudades, ensambla un todo de inamovible y profunda humanidad.

El lector común llega a la conclusión de que no sólo en el bajo pueblo está anidado el celo supersticioso. Recuerda las veladas donde no pueden sentarse trece personas, pues se corre el riesgo de que ocurra una desgracia a uno de los presentes; los tres golpes en la madera cuando se hace alarde de buena salud, los tres golpes de sal hacia atrás, cuando dicho condimento se derrama en la mesa y no se quieren experimentar ruinas y pobrezas; la fascinación o mal de ojo que pone en peligro la

(*) Nascimento, 1947.